

Tito 1:15-16, Todas las cosas son puras para los puros

Introducción: Los versos 13-14 nos señalaban la mala reputación que tenían los cretenses, glotonos ociosos, bestias salvajes, y algunos de ellos eran parte de la iglesia. Pero la iglesia debía ser diferente, y no podía tolerar estas actitudes entre sus miembros. Por eso continua el apóstol Pablo llamando la atención a Tito, respecto a lo que debe ser la iglesia, gente con pureza de mente y corazón, cosa que no era la norma en Creta, ni siquiera entre algunos que se hacían llamar cristianos, pues como vimos en el estudio anterior, observaban una mala conducta, que daba pie a su mala reputación. La iglesia entonces debía ser corregida, y los que estaban enseñando mentiras debían ser reprendidos duramente. Y los candidatos a ancianos debían tener las cualidades necesarias para poder cuidar de la iglesia y presidirla. De esta manera, los versos que estudiamos hoy, nos presentan la conclusión del capítulo uno con una frase proverbial que habla de la conducta de cada persona de acuerdo a su condición espiritual.

I. LOS PUROS

Los judíos habían sido enseñados por sombras acerca de la pureza, muchos rituales les mostraban que eran incapaces de acercarse al Dios puro, y era necesaria una provisión para su limpieza. Pero cuando vino el Señor Jesucristo, estas sombras desaparecieron, ya que él es quien puede purificar, y limpiar por completo a los suyos de toda contaminación y maldad del pecado. Por esta razón, y en contra de los falsos maestros que trataban de imponer rituales de purificación y calificación de cosas como inmundas, el apóstol Pablo dice: ***“Todas las cosas son puras para los puros”***. ¿Quiénes son estos puros?

A. Los que han sido purificados por la sangre de Cristo

El salmista pregunta: *“¿quién subirá al monte del Señor, y quién entrará en su lugar Santo?”*, y se responde: *“El limpio de manos, y puro de corazón...”* (Sal. 24:3-4). Pero ¿quién puede ser puro de corazón si el mismo salmista dice también *“He aquí en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre”* (Sal. 51:5), razón por la que clama a Dios, *“purifícame con hisopo, y seré limpio, lávame, y seré más blanco que la nieve”* (Sal. 51:7)? Él Sabía que nada que hiciera externamente le podía hacer limpio o aceptable delante de Dios, y el mismo Dios dice del pueblo impenitente *“Aunque te laves con lejía, y amontones jabón sobre ti, la mancha de tu pecado permanecerá delante de mí, dijo el Señor”* (Jer. 2:22). Así que estos puros no pueden ser otros que los lavados, purificados y limpiados por la sangre de Jesucristo. La sangre de Cristo no solo garantiza el perdón de todos los pecados, sino también la limpieza de toda maldad (1 Jn. 1:9). Su sacrificio fue perfecto y suficiente una vez y para siempre para purificar a los suyos (Heb. 9:28), y por la fe en ese sacrificio su pueblo se purifica y se santifica cada día (Ap. 22:11). En consecuencia, estos puros son

B. Los que no necesitan nada fuera de Cristo

Aquellos que han recibido **Gracia, Misericordia y Paz** de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo, los que pueden tener acceso al trono del Señor, los que pueden estar en su lugar santo, los que pueden vivir una vida en la presencia de Dios siempre (Jn. 15:3). Los que han sido regenerados, y hechos uno con Cristo, y por lo tanto no necesitan nada fuera de él. Los que tienen libertad en Cristo para vivir una vida que glorifique a Dios. No necesitan ritos de purificación, no necesitan de ningún esfuerzo humano para alcanzar la pureza que les permita llegar al Dios puro, no necesitan hacer nada porque todo les ha sido dado en Cristo, y lo reciben mediante la fe.

Para estos, todas las cosas son puras, sus vidas, sus acciones, sus pensamientos, sus deseos, son puros, porque han sido purificados por la sangre de Cristo. Pueden participar de los alimentos creados por Dios con acción de gracias, pueden vivir libres de temor de la naturaleza o peligros de la vida, y sin necesidad de acudir a prácticas no bíblicas para solucionar sus problemas, porque sus vidas están en las manos de Dios.

II. LOS IMPUROS

Pero para el segundo grupo, los impuros, la situación es totalmente diferente, su corazón está contaminado, Mr. 7:15, 18-23. Para los impuros nada es puro, y es imposible que lleguen a alcanzar algo puro en realidad, su vida en sí es sucia, corrompida, putrefacta, Hag. 2:13-14. ¿Quiénes son estos impuros, cuya vida está podrida?

A. Los corrompidos e incrédulos

Si los puros son solo aquellos limpiados por la sangre de Cristo, aquellos cuyos corazones han sido purificados por la fe en Cristo; entonces los que no creen en Cristo, son y permanecerán impuros. Incapaces de acercarse al Dios puro y santo, incapaces de vivir una vida piadosa, una vida de santidad, no importa cuántas leyes tengan, cuantos ritos hagan, serán impuros, y no podrán acercarse a Dios, y estarán separados de Dios por siempre. Toda su vida está corrompida, tal como se corrompe un cuerpo muerto. Sus pensamientos, deseos, acciones, toda su voluntad está corrompida, y no quieren ni pueden hacer nada puro. Solo piensan en lo que es sucio, hablan siempre en doble sentido, y buscan lo malo en cada cosa. Por ello, los impuros son también

B. Los reprobados para toda buena obra

Estos impuros, corrompidos e incrédulos, son reprobados para hacer algo realmente bueno según Dios, pues todo lo que hacen está manchado por una vida de suciedad. No pasaron el examen de Dios, y son incapaces de hacer algo realmente bueno delante del Señor, ya que su naturaleza está totalmente corrompida. Son rebeldes y contumaces como decía Pablo en el verso 10 de Tito 1, desobedientes y detestables a Dios, ya que se oponen a su Palabra, pues aunque dicen conocer a Dios, con sus hechos lo niegan. Esto era lo que había sucedido con muchos que dijeron a Jesús, “*un Padre tenemos, que es Dios*”, pero él les dijo que no eran hijos de Dios sino del Diablo (Jn. 8:41-44), por sus obras malas, por su vida reprobada ante Dios. Este era el tipo de personas que estaban influenciando con falsa doctrina la iglesia de Creta, y esta es la situación de todos aquellos falsos maestros que dicen conocer a Dios pero con sus hechos lo niegan. Y en la misma situación los que de ningún modo quieren oír de Dios, aunque vayan los domingos a escuchar misa, o culto, aunque ayunen durante la cuaresma, aunque oren fervientemente, aunque canten y hagan parte de una comunidad cristiana. Para los impuros, todas las cosas son sucias, impuras, porque ellos mismos están corrompidos y reprobados.

Conclusión: Pablo entonces nos ha enseñado en este capítulo por su exhortación a Tito, que es necesario levantar y reconocer líderes en la iglesia que realmente sean creyentes, que tengan testimonio de ser hijos de Dios, purificados por la fe en Jesucristo. Capaces de mostrar a Cristo en su vida, capaces de tapar la boca de los falsos maestros con su buena enseñanza y ejemplo. Pero también es necesario que los que se dicen cristianos, se aseguren de estar en la fe, y que no estén en la condición de aquellos corrompidos e incrédulos que dicen conocer a Dios pero con sus hechos lo niegan. Pero, reflexionemos un momento más en esto, ¿qué acciones, actitudes o pensamientos en nuestra vida familiar, laboral, o ministerial, están negando al Dios que decimos

conocer al llamarnos cristianos?, ¿no nos llena de vergüenza tener acciones o actitudes que nos manchan y ensucian como a los corrompidos e incrédulos?, ¿será que no estamos bien equipados para toda buena obra? ¿Qué podemos hacer entonces?. Solo Cristo nos puede limpiar, y solo Cristo por su Palabra nos hace aptos para toda buena obra. Así que miremos hoy con fe a Cristo, roguemos su misericordia, roguemos que nos limpie de toda impureza, que nos haga de corazón puro, de modo que todas nuestras acciones sean puras como él es puro, pues ante él vivimos siempre.